

moral y ciencias

DIVERSOS PLANTEAMIENTOS

Las relaciones existentes entre las ciencias y la moral cristiana son hoy examinadas con una perspectiva diferente a la de otras épocas, incluso cercanas a la nuestra. La acusación de que nuestra moral no tiene fundamentación científica se ha repetido en estos últimos años. Y si queremos ser sinceros, tenemos que reconocer una cierta dosis de verdad encerrada en tales afirmaciones. Aunque en teoría la Iglesia permanecía abierta a la aceptación de cualquier dato científico, su actitud práctica ante los nuevos descubrimientos, que pudieran influir sobre el planteamiento de su moral, ha sido, por lo menos, recelosa. Todo lo nuevo se juzgaba de acuerdo con los principios ya establecidos y de esta forma, como era natural, lo original y lo inédito hasta el momento, en lugar de servir para un re-planteamiento de los mismos esquemas elaborados, era juzgado por las normas establecidas en nuestra moral.

Una actitud de este tipo hubiera desembocado en una moral cerrada e inmovilista, si la vida y el

sentido común no hubieran ido más adelante de lo que, por el momento, permitían las "normas". Muchas soluciones, admitidas hoy de manera unánime, no estaban de acuerdo con la formulación de determinados principios. Los casos son abundantes a lo largo de la historia. Baste pensar, por ejemplo, en la discusión sobre los trasplantes orgánicos y el clásico principio de totalidad, tal y como estaba planteado en nuestros manuales (1). Se vivía con miedo la posibilidad de que nuestras normas, tan absolutas y seguras en otros tiempos, pudieran derrumbarse por la nueva técnica. Así se explica también la desconfianza existente —y que todavía perdura— ante los interrogantes abiertos por el psicoanálisis y la tensión consiguiente entre la moral y el mundo de la psicología (2).

La postura de hoy se orienta en sentido opuesto. El mismo Concilio ha proclamado la autonomía de la cultura, del progreso científico y de su influencia positiva sobre la elaboración de la moral:

"La experiencia de los siglos pasados, el progreso de

las ciencias, los tesoros escondidos en las diversas formas de cultura, con las que se manifiesta la naturaleza del hombre y abren nuevos caminos para la verdad, aprovechan también a la Iglesia... Para aumentar ese intercambio, la Iglesia, sobre todo en nuestros tiempos en que tan rápidamente cambian las cosas y tanto varían los modos de pensar, necesita de modo particular la ayuda de quienes viven en el mundo, conocen sus diversas instituciones y disciplinas y asimilan su mentalidad, sean creyentes o no" (3).

Esto significa que lo mismo que no puede darse un verdadero conflicto entre la fe y la razón, tampoco puede darse entre la moral y la ciencia (4). Este deseo honrado de fundamentación llega a exigir que toda norma ética tenga que ser al mismo tiempo científica. No se puede proponer ningún comportamiento como inmoral, si la técnica lo admite como positivo. Bajo este aspecto, resulta revelador el libro publicado recientemente por un moralista americano *Exit for moralists*. Milhaven cree que para el año 2000 no serán necesarios los moralistas. Las ciencias del comportamiento y una experiencia formada o profesional dará cada vez más la respuesta a los nuevos problemas morales, que se presenten a la humanidad.

Frente a una concepción ética, que olvidaba a veces los datos de las ciencias, nos encontramos ahora con un deseo de reducir a técnica los valores morales. La moral sin el apoyo de la ciencia no puede darse, pero tampoco la ciencia puede desarrollarse en un clima humano, sin la ayuda de la moral. Sobre esta mutua influencia quisiera centrar las reflexiones siguientes.

SIGNIFICADO DE LA MORAL

En la conciencia actual pocas cosas existen, que produzcan un sentimiento de agresividad tan fuerte como las normas o principios morales. La moral se ha vivido, por una serie de condicionantes históricos, como un código de leyes y preceptos impuestos desde fuera a nuestra libertad personal. El hombre se sentía obligado sin llegar a descubrir con frecuencia el porqué y la motivación más íntima de tal comportamiento. El hecho de que estuviera mandado por la Iglesia o que se afirmara que esa era la voluntad de Dios, no quitaba en nada, e incluso podía aumentarlo, el carácter super-yoico, exteriorizante de una conducta infantil. La pura obediencia no tiene sentido humano, ni religioso, mientras no se conozca, al menos, el porqué de tal mandamiento. Dios no es, ni la Iglesia tampoco, un ser caprichoso y aquello que El manda no se convierte en bueno, porque El lo quiera —eso sería volver a un voluntarismo trasnochado—, sino que, porque es bueno con anterioridad a su mandato, El también lo pide y exige. Por ello, la docilidad del hombre a cualquier imperativo moral debe ser adulta y motivada. La psicología ha denunciado siempre los comportamientos pseudo-morales de una orientación legalista (5). Introducirse en el campo de la ética supone haber superado esa etapa infantil, pre-moral, de aceptación pasiva por temor a la "autoridad", sea quien sea, o por miedo a perder su estima y cariño. La única posibilidad para ello exige el enfrentamiento con el valor moral.

El punto de partida de la ética se encuentra en la vivencia profunda que el hombre tiene de su libertad personal. El es el constructor de su propia historia, el que tiene que darle sentido y

orientación a su existencia, el responsable de su destino. El hombre, en efecto, se tropieza con una realidad dada, arrojado en un mundo que no ha podido elegir y que le resulta, las más de las veces, inhóspito y desconcertante. Su tarea consiste en descubrir el significado que la vida —y la muerte— puedan darle. Frente a esta pregunta de nuestro destino personal la respuesta se hace ineludible. No hay posibilidades de acogerse al silencio o de refugiarse en tierra de nadie. El no querer contestar supone haber aceptado ya una solución. El mismo suicidio es una opción de cara a la vida.

Ahora bien, esta capacidad de la persona humana de dirigir y edificar la existencia de acuerdo con su decisión libre e inalienable no se realiza de una manera anárquica, sino en función de un proyecto, de un esquema, de una meta final. Por este modelo último el comportamiento humano adquirirá un estilo de vida peculiar, característico. La vida moral se manifiesta, entonces, como la respuesta comprometida del hombre al ideal que ha trazado de su existencia. Un ideal que se concretiza, si queremos aceptar una plataforma común, en la búsqueda de una constante y progresiva humanización. Aquí es donde aparece el valor moral con su fuerza iluminadora, su llamada profunda.

FENOMENOLOGIA DEL VALOR ETICO

Sin pretender detenernos ahora en una fenomenología del valor moral, vale la pena apuntar con brevedad algunas peculiaridades características para que descubramos su vinculación con el mundo de las ciencias.

Todo valor corresponde, en el fondo, a ciertas aspiraciones, a ciertas necesidades, a ciertas ten-

dencias en los diversos niveles de nuestra personalidad. Hay siempre una armonía fundamental entre ellos y la existencia humana. El hombre, como peregrino de la verdad, de la belleza, del amor, se siente atraído por todo aquello que encierra algún reflejo de ese bien que anhelamos. A pesar de nuestra indigencia o apatía, su llamada e invitación se hacen siempre presentes y cercanas al hombre, como una realidad absoluta, irrecusable.

Pero lo típico del valor moral, su nota más característica es que no perfecciona al hombre en un solo sentido —es decir, en el campo de su inteligencia, sensibilidad, relaciones humanas, etc.— sino que afecta a la persona en la totalidad de su existencia, en lo que tiene de más personal, pues es una llamada precisamente a su libertad, en cuanto responsable de su propio destino. Los otros valores, aunque complementen al hombre en otras dimensiones de su ser, no lo hacen realmente bueno. Deben permanecer, por ello, silenciosos ante una pregunta como ésta: ¿qué sentido humano total aporta esta realidad a mi existencia? Puede darse la posibilidad de ser un gran técnico en el campo de la economía, pero ese valor científico no evita que sea, al mismo tiempo, un ladrón. Se puede saber mucha moral y no dejar de ser un perverso.

Esta característica del valor moral, como una urgencia que nunca abandona, es lo que se descubre en la vivencia de toda obligación. Es una fuerza que se impone al sujeto desde dentro, pero sin forzar, sin ningún tipo de presión física. Comprendemos que no es posible silenciar la llamada proveniente del valor, que nos invita a realizarnos como personas, a humanizar cada vez más nuestra propia existencia, pero al mismo tiempo descubrimos la grandeza desconcertante de la libertad, que le permi-

te orientar su rumbo por otros caminos diferentes, quedarse en silencio ante la voz imperiosa de esa invitación.

De esta forma, la moral se manifiesta desnuda de toda coacción externa, sin ningún sentido mutilante de la propia libertad. No es posible una lucha intestina entre los imperativos auténticos de la moral y las exigencias más profundas del hombre. La moral no es la frontera que encierra y esclaviza la libertad, algo opuesto y ajeno a ella. Es el cauce que orienta su ejercicio para que el hombre consiga lo que debe ser, para que construya su perfección. Habría más bien que definirla como la ciencia de los valores, que dirige y orienta nuestra realización humana, libre y responsable hacia su destino.

ASPECTO PERSONAL DE LA OBLIGACION

La obligación ética supone, por tanto, una cierta "complicidad" por parte del hombre. No nace mientras no encuentre una respuesta espontánea en lo más profundo de la misma naturaleza humana. Si el imperativo moral no "interesa" de veras al hombre, no brota de su mismo ser, tendremos una forma de coacción psicológica, nos encontraremos en los antípodas de una moral auténtica. La autonomía del hombre no se aniquila por esa obediencia. Sería una sumisión cobarde, como Sartre ha caricaturizado tantas veces en sus obras, si el valor moral obligatorio no nos descubriera su propia justificación y legitimidad.

Ello significa que lo "mandado" por la moral es lo que, en último término, el hombre desea de verdad. A la trascendencia de la orden, que aparenta venir desde fuera, se añade como una fuerza incontenible la tendencia inmanente

de lo que la obligación ordena. La obligación, en este sentido, sólo viene a movilizar las aspiraciones más humanas y personales. Lo que nosotros debemos es fundamentalmente lo que nosotros queremos, lo que nosotros amamos. De ahí también, que el resorte más profundo, que da al deber su energía y dinamismo, es el amor. Lo primero en la moral no es, por tanto, la obligación, sino la estima, el cariño y la entrega al valor, que se me hace presente en aquélla.

De todo lo dicho se deduce una consecuencia fundamental. Cualquier clase de imperativo, para que sea justo y obligatorio en conciencia, no puede ser nada más que la traducción expresiva y concretizada de un valor. El hombre, dócil y obediente a esa llamada, no se esclaviza ni aliena. Al contrario, su obediencia constituye la única forma posible de ejercitar su libertad para ponerla al servicio de su realización personal. Así nos alejamos, por una parte, de la posibilidad de caer en una anarquía caprichosa e interesada y, por otra, se evita también la aceptación de una moral super-yoica, infantil, en la que no se llega nunca a penetrar en el significado y en la justificación más íntima de todo comportamiento.

LA CONCRETIZACION DE LOS VALORES

Lo que a nivel especulativo resulta bastante claro, no se hace tan evidente cuando tratamos de aplicarlo a las realidades concretas. La experiencia más vulgar lo confirma. Cuanto más abstractos y universales son los valores éticos, menos dificultad se encuentra en admitirlos. Nadie se pone a discutir sobre la veracidad objetiva de que hay que realizar el bien, de que no es lícito hacer sufrir a los otros por

puro capricho... Se trata de aquellos principios generales, que el hombre descubre por una intuición elemental. Pero la dificultad de estos valores tan generales no radica en su conocimiento intelectual —suficientemente fácil desde todos los ángulos—, sino en su limitada eficacia práctica. Nadie puede tampoco organizar su existencia ética con solo saber que ha de hacer el bien y evitar el mal. Necesita una encarnación progresiva y cada vez más detallada para comprender el bien concreto que ha de realizar en todos los campos de su actividad humana, llegar a intuir cómo el bien, en abstracto, se puede hacer presente en esta acción determinada.

Este proceso de concretización ha sido siempre, y lo seguirá siendo, de una gran complejidad. Supone una cadena progresiva de comportamientos cada vez más particulares, que no siempre se han formulado de una manera exacta y definitiva. La historia ofrece múltiples ejemplos de estas vacilaciones y ambigüedades en todos los campos de la moral. Abusos gravísimos, aceptados en otras épocas, nos resultan hoy intolerables y comportamientos actuales plenamente admitidos eran escandalosos hace sólo unos años (7). Este hecho, que podría producir un cierto escepticismo, se hace explicable, si tenemos en cuenta la dimensión histórica, presente en cualquier planteamiento moral. Tal vez hasta ahora estábamos acostumbrados a movernos en un mundo de categorías éticas excesivamente absolutas, como si los valores descubiertos en la antigüedad no tuvieran posibilidad de nuevas matizaciones o, incluso, de planteamientos diferentes.

En todo juicio ético se da siempre un fondo de verdad, una intuición básica que hace orientar el

comportamiento por un camino concreto, pero no podemos olvidar tampoco que la "traducción" de ese valor a una determinada situación está influenciada, en gran parte, por la cultura histórica del momento y ésta, a su vez, por los conocimientos científicos limitados y contingentes de esa época.

Por lo dicho, podemos comprender cómo el intento de la moral, como ciencia, es la expresión del bien que se ha de encarnar en cada comportamiento. Dicho de otra manera, tenemos que buscar la forma mejor para que en esa conducta el hombre se realice auténticamente como persona. Cuáles son los comportamientos que deshumanizan, cuando entran en juego las relaciones económicas entre individuos y colectividades, qué formas de diálogo sexual suponen una seria inmadurez o un peligro de estancamiento, cuándo la vida humana empieza o termina como presupuesto para determinadas intervenciones, qué ventajas o inconvenientes presenta para una sociedad particular una legislación permisiva o represiva, etc., etc., son factores que dependen, en gran parte, de los datos técnicos que las ciencias puedan aportar. Esto significa que hoy no se puede realizar una moral económica, mientras no partamos de los datos ofrecidos por la economía, o una ética sexual, que no tenga en cuenta las aportaciones del psicólogo, del biólogo o del médico. Y así en otras esferas de la actividad humana. Por ello no es de extrañar que los nuevos descubrimientos en el campo de las ciencias planteen nuevas posibilidades en el ámbito de la moral. De ahí también, la importancia del hecho científico para fundamentar con mayor exactitud cualquier enjuiciamiento ético. ¿Cuáles son, entonces, los datos científicos que repercuten sobre la moral?

DATOS CIENTIFICOS Y FUNDAMENTACION MORAL

No cabe duda que la moral, bajo este aspecto, habría más bien que considerarla como ciencia de segunda mano. Todas las ciencias, en una proporción diferente según el tema a tratar, pueden entregar datos de enorme interés con los que deba trabajar el moralista para la elaboración de una síntesis global. El mundo de los primitivos, las costumbres de los animales, las constantes históricas, las fuentes sociológicas, las diversas culturas, la medicina en todas sus ramas, los nuevos descubrimientos en cualquier campo del saber pueden descubrirnos aspectos interesantes y de gran utilidad. La historicidad de lo humano, de la que la moral tampoco puede liberarse, se explica muchas veces fundamentalmente por este conocimiento progresivo de las ciencias. No resulta posible mantener determinados principios, si la fundamentación o los presupuestos científicos se descubren inexactos (8). Una vez que el hombre intuye, dentro de sus posibilidades, lo que técnicamente resulta mejor, y teniendo en cuenta los límites de los que hablaremos enseguida, la ética caminará con una seguridad mucho mayor y sus reflexiones partirán siempre de una base común a todos los hombres.

El diálogo, por tanto, con las ciencias es una necesidad de la ética actual. Sin tener en cuenta lo que cada una de ellas ofrece, y la armonización posterior de todos los datos, no se llegará a descubrir el auténtico valor que ilumina nuestra conducta. De la misma manera, el camino podría recorrerse en sentido inverso. Si existe un valor que se nos impone con evidencia o un comportamiento claramente aceptado como humano, nunca se podrá decir que, en su

conjunto, atenta contra una base científica. Incluso, habría que buscar, como se ha hecho en muchos terrenos, un apoyo de la ciencia para confirmar lo deshumanizante de esa conducta. Las aplicaciones sobre todo en el campo de la sexualidad han sido abundantes, aunque no todas resulten después tan convincentes (9).

Lo único que quiero decir es que lo que en moral se llama un pecado no es posible que sea, desde el punto de vista científico, la mejor manera de realizarse como persona y la expresión mejor, desde todos los ángulos, de una maduración y equilibrio humano. Que una conducta plenamente humana, en el sentido científico expresado, fuese inaceptable para una moral, supondría caer en una heteronomía muy cercana al voluntarismo. Y ya hemos visto también cómo Dios en su revelación no ha seguido por ese camino (10).

Darle una cabida en la elaboración ética no supone dejar la moral en manos del técnico o del científico. El hecho de acentuar, como hemos hecho hasta ahora, el papel de las ciencias no significa convertir la moral en una pura técnica, como si el valor ético pudiera también analizarse en un laboratorio o resolverse con una simple ecuación matemática. Con la misma fuerza que hemos afirmado lo anterior, tenemos que insistir también en los límites propios de las ciencias. Y esto por diferentes razones.

FALTA DE UNANIMIDAD

En primer lugar, dentro de las ciencias, no se da siempre una base fundamental que unifique las conclusiones. A veces, porque el problema no está resuelto con claridad con los datos actuales de la técnica y son aceptables, por tan-

to, las diferentes opiniones que puedan darse en este terreno. Estos puntos, sobre los que hoy se discuten y con posible influencia en el planteamiento de soluciones morales, no suelen ser raros. Los problemas planteados por las ciencias del comportamiento y los nuevos avances técnicos en conexión más directa con el tema de la vida, sobre todo, podrán matizar muchas posturas tradicionales, en la medida en que el hombre descubra con seguridad los misterios que todavía no ha llegado a esclarecer. Precisamente por esta falta de seguridad, cualquier nueva hipótesis no puede considerarse como fundamento suficiente de un criterio moral. La pluralidad existente en torno a tantos problemas impide tomar, a veces, una determinada opción ética. Pensemos, por ejemplo, en las diferentes opiniones psicológicas o psiquiátricas sobre algunos comportamientos sexuales o las discusiones sobre la validez de teorías políticas o económicas, que han influido en la vida nacional o internacional. Es la misma dificultad con que un tribunal se encuentra, cuando los juicios de los técnicos y expertos resultan contradictorios.

La búsqueda de esta clarificación tropieza hoy con una dificultad especial, que no conviene dejarla en el olvido. El progreso no resulta factible, si no hay cambio y evolución. Y esto supone, en el campo de la técnica y de la misma existencia humana, la posibilidad de nuevas experiencias, la abertura de caminos hasta ahora desconocidos y cerrados. Pero las normas morales, producto en parte de la cultura de cada momento histórico, se presentan como un obstáculo al mismo progreso. Ellas han nacido para orientar situaciones anteriores, pero tal vez resulten inadecuadas para iluminar las

nuevas posibilidades. El conflicto surge, entonces, entre la fidelidad a un valor, tal y como se había presentado en la historia, y la búsqueda de nuevas verdades que el hombre debe conquistar con paciencia y dificultad. Es la tensión que brota, sobre todo en sus comienzos, cuando se descubre que la "vida" ofrece posibilidades que no están aceptadas por la "moral". Hoy día, como decíamos al comienzo, aceptamos la licitud de los trasplantes orgánicos y hemos sabido ampliar nuestros principios tradicionales para dar cabida en ellos a estas operaciones, pero los primeros que se atrevieron a realizarlas, sin que estuviesen todavía "permitidas", como otras experiencias que se realizan ahora en las mismas condiciones, ¿fueron unos perversos o unos héroes de la humanidad? (11).

La historia confirma esta realidad inaceptable para algunos, pero que para otros resulta evidente y es que, en todos los campos de la actividad humana, si nos hubiéramos atendido siempre a lo que estaba "mandado", apenas habríamos dado todavía un paso adelante. Esto no significa, por otra parte, canonizar la desobediencia o aceptar el subjetivismo y el libertinaje como una forma necesaria de progreso, sino caer en la cuenta de que la vida ha de ir construyendo la moral y la moral debe a su vez iluminar la vida. Prescindir de ésta supondría caer en el inmovilismo y quedarse anclados en la historia; pero no aceptar la moral sería volver a lo primitivo, a la deshumanización más completa.

Este desequilibrio, difícil y a veces inestable, entre el valor conseguido y la búsqueda de una verdad todavía desconocida, tiene que producir un mínimo de confusión y de riesgo, inherente a toda aventura humana. Sólo la experiencia pos-

terior será capaz de esclarecer y armonizar lo que en principio parecía irreconciliable. Precisamente porque las posibilidades modernas van siendo cada vez más frecuentes, al ritmo que avanza hoy la técnica, y porque tampoco podemos prescindir a la ligera de unos valores, tejidos con la experiencia y tradición de otras épocas, cabría pensar en la posibilidad de construir una moral de lo provisorio. No para negarle validez y universalidad a los valores éticos, sino para evitar los peligros apuntados de cerrarnos a la verdadera ciencia o de caer en un amoralismo total. Algo parecido a los criterios elementales que deben tenerse en cuenta, cuando se trata de realizar determinadas experiencias farmacológicas sobre personas humanas. Mientras que la ciencia, por tanto, no haya conseguido un mínimo de unanimidad y de certeza sobre cada problema, los datos científicos no pueden contribuir de manera eficaz a la formación de las normas morales.

PERSPECTIVA PARTICULAR DE CADA CIENCIA

Un nuevo límite se impone también para no identificar lo humano con el dato científico. Y es el carácter peculiar de cada disciplina en concreto. Cualquier ciencia, sea la que fuere, se acerca a lo humano desde una perspectiva muy particular. Cada una tiene su ángulo de visión característico, a través del cual analiza una misma realidad objetiva. Pero por muy profundas y exactas que sean sus conclusiones no podemos aceptarlas como una síntesis total y definitiva. Incluso cuando se examina un mismo e idéntico problema, el fenómeno es matizado de manera diferente según sea visto por un biólogo, un jurista, un sociólogo, un

antropólogo, un político, un economista o un historiador. Si la moral trata de manifestar, como hemos dicho, la mejor forma para que el hombre se realice en las diversas esferas de su actividad, no se pueden aceptar simplemente las conclusiones de una ciencia, sino que se requiere una reflexión posterior para integrar los diferentes datos y aspectos complementarios, que las otras también puedan y deban aportarnos. En este sentido, el juicio de cualquier ciencia hemos de aceptarlo como relativo hasta que se examine a la luz de otras perspectivas enriquecedoras.

A un biólogo, por ejemplo, las posibilidades que hoy se le abren en el campo de la genética son impresionantes. H. J. Muller, premio nóbel, aconseja el empleo de la A.I.D. y la fundación de bancos de espermas para una mejora de la raza humana. Ya es posible el trasplante de un huevo fecundado *in vitro* al útero de una mujer, con lo que se remediarían algunas clases de esterilidad. Tal vez no pase mucho tiempo para conseguir una eficaz manipulación genética, que impidiese una serie de taras hereditarias. La lista se alargaría con otros muchos ejemplos.

Desde una perspectiva biológica de laboratorio estas posibilidades son avances de la técnica. Razones de orden psicológico o religioso —creen algunos— han dificultado la aceptación del progreso (12). Pero la dificultad no es de origen exclusivamente religioso. Unas prácticas, como las apuntadas, plantean serias preguntas a otras disciplinas científicas, como la antropología, la sociología o la misma psicología, por citar nada más que algunas. En esas experiencias están implicados aspectos fundamentales, que afectan la estructura familiar, las relaciones matrimoniales, la concepción del amor y que repercuten, en

último término, sobre la misma dignidad del hombre.

El hecho de que la biología ofrezca, por tanto, posibilidades inéditas hasta el momento no es la fuente única de un imperativo ético. La moral vendrá precisamente para intentar descubrir, una vez que posea los datos de todas las ciencias implicadas, cuál es lo mejor para el hombre, qué camino debe seguir para su propia perfección, cómo se salvaguarda con mayor eficacia su libertad, su autonomía, su intimidad personal, sus relaciones auténticas con los demás. Si excluir la contribución de las ciencias en la elaboración de las normas significaría un empobrecimiento de la metodología moral, sería también una grave dificultad metodológica reducir, de forma simplista, los contenidos éticos a los posibles descubrimientos y posibilidades científicas.

EL PROYECTO HUMANO

Y es que cuando el hombre reflexiona sobre los valores humanos, el punto básico de referencia no puede ser, por lo que hemos dicho, la pura eficacia. Los métodos más útiles para averiguar, por ejemplo, la verdad de un hecho serán muchas veces opuestos a las más elementales exigencias debidas a la intimidad personal, como valor fundamental humano. La ciencia debe subordinarse también a los derechos primordiales del individuo. El obstáculo que esa renuncia supondría en ocasiones para el progreso científico, podría suponer una "pérdida" a ciertos niveles, pero constituiría, en el fondo, un auténtico progreso para el hombre. Ello significa que no todo lo que se *puede*, se *debe* hacer, porque esas posibilidades hay que juzgarlas positivas no en función exclusiva de lo que cada ciencia pretenda, como

meta de su actividad, sino de acuerdo con el destino y proyecto hacia el que dirigamos al hombre. Es la tonalidad de fondo latente, cuando en el lenguaje normal hablamos de la buena medicina, la buena sociología... cuya adjetivación no tiene un simple sentido técnico, sino que hace referencia más bien a una práctica humana, generosa, seria, que ha de ser el ideal del buen científico.

La experiencia contemporánea muestra de muchas maneras el conflicto existente, a un nivel exclusivamente técnico, cuando el progreso de una ciencia particular no guarda proporción y armonía con las exigencias de otras disciplinas. La simple polución atmosférica es un producto de la era técnica y las preocupaciones actuales de una ciencia, como la ecología, nos demuestran que el hombre no puede apoderarse impunemente de la naturaleza para ponerla al servicio de cualquier meta posible. Todo progreso tiene sus peligros y ambigüedades y solo cuando se examina en función de un ideal humano, desde todos los ángulos, se puede aceptar como valor ético. Es verdad que el egoísmo humano —lo que en cristiano llamamos pecado— es una tentación constante para que el mismo progreso se utilice de forma negativa, pero este riesgo posible no debe impedir tampoco el esfuerzo y el trabajo para conseguirlo. La historia es un ejemplo constante de cómo los poderes económicos, políticos, nucleares y hasta religiosos se han desviado muchas veces para otras finalidades inadmisibles. Que se pueda abusar de los nuevos descubrimientos no significa, por ello, que se hayan de impedir a toda costa.

La situación actual, no cabe duda, encierra mayores dificultades que las que se presentaron en otras épocas. El ritmo de la evolución, las posibilidades ingentes que se

abren camino en cada momento presentan problemas de mucho mayor volumen y sin que, por ahora —precisamente por lo inédito y desconocido que presenta la nueva situación— tengamos criterios con la suficiente claridad y garantía para que demos la solución moral adecuada. Con esto es cierto que perdemos la seguridad y evidencia con que nuestros antepasados se acercaban a los temas morales;

pero la verdad en este terreno, donde no entran otros datos de la revelación, no la tiene conseguida el hombre de manera definitiva, ni resulta siempre fácil conquistarla. Y el que quiera ahorrarse este esfuerzo con la dificultad, vacilaciones y obscuridades que encierra, no llegará a lo mejor nunca a equivocarse, pero la verdad se le irá haciendo cada vez más lejana y desconocida.

NOTAS :

- (1) Véanse las discusiones mantenidas sobre este punto y las diferentes argumentaciones en A. REGAN, *The basic morality of organic transplants between living humans*, Stud. Moral, 3 (1965) 320-361. J. KUNICIC, *De organorum transplantatione. Ulterior exquisitio*, Stud. Moral, 5 (1967) 155-177. Y del mismo REGAN, *Man's administration of his bodily life and members, the principle of totality, and organic transplants between living humans*, Stud. Moral, 5 (1967) 179-200.
- (2) Los ejemplos podrían multiplicarse. Cfr. artículo de CH. CURRAN, *Morale et sciences*, Rech. de Scien. relig. 59 (1971) 419-448, donde apunta en sus primeras páginas algunos datos interesantes con bibliografía.
- (3) *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*, n.º 44.
- (4) *Ib.* n.º 59.
- (5) Cfr. el libro ya clásico del Dr. CH. ODIER, *Les deux sources consciente et inconsciente de la vie morale*, Neuchatel, 1958, y el de A. PLE, *Freud et la morale*, Paris, 1969.
- (6) Para un análisis más a fondo ver D. HILDEBRAND, *Etica cristiana*. Barcelona, 1962, y P. VALORI, *L'esperienza morale*, Brescia, 1971.
- (7) Los ejemplos podrían multiplicarse en todos los campos. Por citar algunos nada más, recuérdese la licitud, defendida por el mismo S. Alfonso M.^a de Ligorio, de castrar a los niños “para cantar más suavemente las alabanzas divinas en la Iglesia” (*Theol. Moral*, 1, III, tr. III, n.º 375). O la justificación de la tortura “para asegurar las pruebas”, excepto para algunas categorías de personas, como gobernadores, nobles, militares, doctores... (*ib.* 1, IV, c. III, n.º 202). La aceptación de la esclavitud, en nuestro propio siglo, como “menos conforme a la dignidad humana... sin embargo, no contraria al derecho natural” (V. CATHREIN, *Philosophia moralis*. Ed. 14.^a, 1928, p. 374). Y al contrario, lo que en otras épocas resultaban barbaridades y hoy se acepta con normalidad, al menos en teoría: objeción de conciencia, paternidad responsable, libertad religiosa, igualdad de derechos...
- (8) Es lo que ha sucedido, por citar un tema ya tan conocido, con los problemas relativos a la usura. Cfr. D. T. NOONAN, *The scholastic analysis of usury*, Cambridge, 1957. Ello no significa siempre que todo error científico suponga que

el valor enseñado fuera falso. La intuición es, a veces, primero que la razón y si ésta no ha sido exacta, lo puede ser la primera. Determinados comportamientos amorales fueron condenados por razones pseudo-científicas propias de la época, y la misma ciencia ha descubierto con posterioridad las motivaciones más profundas de tales condenas.

- (9) Véanse los esfuerzos de P. CHAUCHARD en su abundante literatura sobre temas de sexualidad. El estudio de G. GRIZEZ, *El aborto. Mitos, realidades, argumentos*, Salamanca,, 1972. O las reflexiones de J. G. MILHIVEN, sobre la homosexualidad en: *Vers une nouvelle morale catholique*. pp. 41-49, Paris, 1972.
- (10) Recomiendo en esta línea el artículo de J. M. AUBERT, *Pour une hermeneutique du droit naturel*, Rech. Scien. Relig. 59 (1971) 449-492.
- (11) Algunas experiencias recientes en el dominio de la vida pueden verse en *Avortement et respect de la vie humaine*, Paris, 1972, pp. 71-123.
- (12) Así piensa también el citado H. J. MULLER en su colaboración a la obra *The control of human heredity and evolution*. New York, 1965, p. 100.